

condiciones secretas de las paces, y con-
 los de la cruzada, y para huir de los
 incidentes políticos y militares que habian
 ocurrido durante su encarnación.

El obispo de Tiro, al ser llamado al
 a volver a su patria, se vio obligado a
 abandonar su cargo de obispo, y a
 irse a la corte de Jerusalen. El obispo
 abandonó su cargo para ir a la corte
 de Jerusalen, y se vio obligado a
 abandonar su cargo de obispo, y a
 irse a la corte de Jerusalen.

El obispo de Tiro, al ser llamado al
 a volver a su patria, se vio obligado a
 abandonar su cargo de obispo, y a
 irse a la corte de Jerusalen. El obispo
 abandonó su cargo para ir a la corte
 de Jerusalen, y se vio obligado a
 abandonar su cargo de obispo, y a
 irse a la corte de Jerusalen.

El obispo de Tiro, al ser llamado al
 a volver a su patria, se vio obligado a
 abandonar su cargo de obispo, y a
 irse a la corte de Jerusalen. El obispo
 abandonó su cargo para ir a la corte
 de Jerusalen, y se vio obligado a
 abandonar su cargo de obispo, y a
 irse a la corte de Jerusalen.

El obispo de Tiro, al ser llamado al
 a volver a su patria, se vio obligado a
 abandonar su cargo de obispo, y a
 irse a la corte de Jerusalen. El obispo
 abandonó su cargo para ir a la corte
 de Jerusalen, y se vio obligado a
 abandonar su cargo de obispo, y a
 irse a la corte de Jerusalen.

CAPITULO V.

El obispo de Tiro, al ser llamado al
 a volver a su patria, se vio obligado a
 abandonar su cargo de obispo, y a
 irse a la corte de Jerusalen. El obispo
 abandonó su cargo para ir a la corte
 de Jerusalen, y se vio obligado a
 abandonar su cargo de obispo, y a
 irse a la corte de Jerusalen.

El arzobispo de Tiro era un emisario muy
 al propósito para comunicar á Ricardo, no-
 ticias y circunstancias que el Corazon de
 Leon no hubiera podido escuchar en otros
 abios, sin prorumpir en las mas violentas
 explosiones de cólera y resentimiento. Aun

con ser tan sagaz y respetable , no fué muy fácil al prelado inducir á Ricardo á que escuchase con paciencia, novedades inesperadas, que destruian todas sus esperanzas de rescatar el sepulcro de Cristo por fuerza de armas, y de adquirir aquella fama y nombradía, que toda la cristiandad estaba pronta á tributarle , como primer campeon de la santa cruz.

El arzobispo puso en noticia del rey de Inglaterra que el soldan Saladino estaba reuniendo toda la fuerza de las cien tribus que obedecian á su voz, y que los monarcas de Europa, disgustados ya , por diferentes motivos, de una expedicion tan aventurada y peligrosa , y que prometia serlo mas cada dia, habian resuelto abandonar y desistirse de su propósito. Dábales el principal ejemplo de esta determinacion, Felipe rey de Francia, el cual habia declarado positiva y solemnemente su resolucion de volver á Europa, protestando antes con la misma solemnidad, que no lo haria sino cuando su augusto hermano el de Inglaterra pudiese retirarse ó

permanecer, segun su gusto , con la mayor seguridad. Su gran vasallo, el conde de Champaña, estaba en las mismas intenciones, y no debia ser de extrañar, que Leopoldo, archiduque de Austria, afrentado y ofendido por Ricardo, pensase tambien en abandonar una empresa, de la cual era gefe su antagonista. Otros varios caudillos habian ya expresado los mismos deseos ; asi que el rey de Inglaterra, segun el aspecto que presentaban las cosas, no podia contar con otros auxilios, en caso de obstinarse en permanecer en Palestina, que con aquellos voluntarios , que á pesar de tan funesta perspectiva , deseasen agregarse al ejército de Inglaterra. En cuanto á las ayudas precarias de Conrado de Mونسerrat , y de las órdenes militares del Templo, y de San Juan , aunque sus juramentos les obligaban á combatir en defensa del sepulcro, su política debia oponerse á que un solo monarca tomase á su cargo la conquista, porque tanto el marques como los superiores de ambas órdenes, prefiriendo su propio engrandecimiento al bien de la cris-

tiandad, aspiraban á adquirir y establecer dominios independientes en la tierra de Palestina.

No fué necesario echar mano de muy sutiles argumentos para hacer ver á Ricardo cuan crítica y penosa era su situacion. Calmado el primer arrebato de cólera que todas estas novedades excitaron en él, se sentó tranquilamente, bajos los ojos, cruzados los brazos, inclinada la orgullosa cerviz, y oyó con paciencia los racionios y comentarios del arzobispo, sobre la imposibilidad de llevar adelante una cruzada, cuyos sostenedores y apoyos abandonaban la causa que hasta entonces habian defendido. Bastante comedimiento tuvo para escuchar sin interrupcion toda la arenga del prelado, aunque este, envalentonado por el silencio del rey se aventuró á decir que su impetuosidad y altanería habian contribuido en gran manera á desanimar á los príncipes, y á inspirarles el deseo de separarse de la expedicion.

— *Confiteor*, dijo Ricardo, con el mas profundo abatimiento, y con una sonrisa que

indicaba la amargura de su situacion, y el desprecio con que miraba á los otros príncipes cristianos. Confieso, reverendo padre, que tengo algunos motivos para darme de golpes en los pechos, y exclamar á gritos *mea culpa*. Pero ¿no es cosa terrible que algunas pocas miserables flaquezas me hayan valido una penitencia tan severa y dura, y que por dos ó tres raptos de impaciencia, me vea privado de pronto del mas rico de los galardones, viendo marchitarse las abundantes esperanzas que abrigaba en mi corazon, y que debian redundar en gloria de Dios, y en honor de la caballería? No se marchitarán empero. No.... lo juro por el alma del conquistador. Mis manos plantarán la cruz en los muros de Jerusalem, ó los soldados de Inglaterra la plantarán en la huesa de Ricardo.

— Vuestra majestad, dijo el prelado, podrá obrar como su valor le dicte: lo que puedo asegurarle es que no se derramará en esta guerra una gota de sangre cristiana,

salvo la de los soldados que inmediatamente dependen de sus órdenes.

— Ni sarracena tampoco, señor arzobispo, exclamó el monarca. ¿ No es verdad? Es asunto tratado ya, y concluido. Las partes estan de acuerdo.

— Harta gloria será para vos, respondió el arzobispo, haber conseguido de Saladino, por fuerza de armas, y por el respeto que vuestra fama merece, tales y tan honrosas condiciones, como son, restituir el santo sepulcro á los cristianos, franquear la Tierra Santa á los peregrinos, establecer fortalezas para su seguridad, y sobre todo, afianzar la de la Palestina, confiriendo á Ricardo el título de custodio del santo sepulcro.

-- ¡Cómo! exclamó Ricardo, centelleando sus ojos con extraordinario brillo. ¡ Yo. . . yo! ¡ Custodio del santo sepulcro! La victoria mas completa no bastaria á conseguir tanto, ganada con príncipes discordes, y con tropas desunidas. ¡ Y qué dice Saladino! ¡ Conservará sus derechos y autoridad en Jerusalem!

— Como soberano unido, y aliado, y confederado con el poderoso Ricardo, dijo el arzobispo, y, si se le permite, unido á su familia, por medio de un enlace matrimonial.

— ¡ Un enlace! dijo Ricardo sorprendido, mas no tanto como lo temia el prelado. ¡ Ah. . . sí! Edit de Plantagenet! Lo he soñado yo, ó me han hablado acerca de ese negocio esta misma mañana? Mi cabeza está tan débil con los efectos de la fiebre, mis nervios estan tan agitados. ¿ Fué el Escoces, ó El Hakim, ó el ermitaño el que me dijo algo acerca de ese casamiento?

— Seria probablemente el anacoreta de Engaddi, dijo el arzobispo de Tiro, porque ha trabajado mucho en la materia. Desde que se han manifestado síntomas de descontento entre los príncipes de la cruzada, con anuncios de una inevitable separacion de sus fuerzas respectivas, ha tenido ese santo hombre muchas conversaciones y entrevistas con cristianos y Turcos, para convenir en las principales cláusulas de este convenio de pa-

cificacion, lisonjeándose con la esperanza de poder obtener por este medio, el objeto que toda la cristiandad se ha propuesto en esta guerra.

— ¡Mi prima, esposa de un infiel! exclamó Ricardo, quedando profundamente reflexivo y confuso.

El prelado creyó oportuno no perder tiempo, y prevenir los efectos de su ira.

— El consentimiento del papa, dijo, es lo primero de que se debe tratar, y el ermitaño, que es muy conocido en Roma, se encarga de pedirle, y obtenerle.

— ¡Cómo! dijo Ricardo. ¡Antes que yo haya dado mi permiso!

— No por cierto, dijo el arzobispo, con voz suave y con tono respetuoso. Nunca se hubiera procedido á negocio tan arduo, sin vuestro expreso mandato.

— ¡Casar á una doncella de la casa de Plantagenet con un pagano! dijo Ricardo, como dudando aun del suceso que se le acababa de referir, mas bien que reprobando ó desechando abiertamente la proposicion.

¡Hubiera yo podido pensar en semejante alianza, cuando salté de la proa de mi galera, á la tierra de Palestina, como el leon que se lanza impetuosamente á su presa! Pero, seguid, reverendo padre. Oiré con paciencia cuanto tengais que decirme.

El arzobispo de Tiro vió con indecible satisfaccion que no era tan penosa ni arriesgada la empresa que se habia puesto á su cargo.

Por tanto entró en larga conversacion con Ricardo, sin dar tiempo á que se resfrasen tan buenas disposiciones, citando los matrimonios que en España se habian contraido entre guerreros sarracenos y doncellas cristianas, con la aprobacion y dispensa de la sede apostólica, y ponderando las incalculables ventajas que á toda la cristiandad resultarian de la union de Ricardo y Saladino, por medio de un vínculo tan sagrado. Habló por último, con gran uncion y vehemencia, de la probabilidad que Saladino abrazase la fe de Cristo, en caso de que fuese llevada á efecto la propuesta alianza.

— ¿Ha mostrado el soldan, preguntó Ricardo, alguna disposicion favorable á la ley del evangelio? Si asi es, no hay un monarca en la tierra á quien yo dé con mas satisfaccion la mano de mi prima que al noble, generoso y magnánimo Saladino. No digo mi prima, mi hermana misma le daria sin inconveniente, aun cuando en lugar de cetro y corona, solo tuviera que ofrecer su valiente espada, y su leal corazon.

Saladino, dijo el prelado, ha oido á los ministros de la religion, y aun á mí mismo, y á otros prelados, con dulzura y paciencia; sus respuestas y objeciones han sido blandas y comedidas: tarde ó temprano saldrá de las tinieblas del mahometismo. *Magna est veritas, et prevalebit.* Ademas de esto, el ermitaño de Engaddi, cuyas palabras nunca son vanas ni aéreas, cree que no tardará en haber una gran conversion de musulmanes y otros paganos, de resultas de este casamiento. El buen anacoreta sabe leer el curso de los astros. Las maceraciones de su carne, y su continua residencia en aquellos sitios

elevados, que fueron antes la mansion de tantos varones inspirados por el espíritu de Dios, le han merecido ciertas comunicaciones con el de Elias, santo fundador de su religion, el cual iluminó á Eliseo, hijo de Sofat, cuando le cubrió con su manto.

El rey Ricardo oyó el discurso del arzobispo de Tiro con cierto abatimiento y humildad.

— No sé como entenderlo: dijo, mas páreceme que esos frios y pusilánimes consejos de los príncipes de la cristiandad han comunicado á mi alma una tranquilidad letárgica, que no habia sentido antes. Hubo un tiempo en que hubiera hecho pedazos sin detenerme al primer lego que me hubiese hablado de semejante enlace; y si hubiera sido un eclesiástico, le habria escupido en el rostro, como á un renegado y discípulo de Baal. Confieso que ahora esa proposicion no me parece extraña ni injuriosa. ¿Porqué he de desechar la fraternidad de un Sarraceno valiente, justo, generoso; que aprecia y respeta á su enemigo, como si fuera su amigo

y compañero, en tanto que los príncipes de la cristiandad abandonan á sus aliados, y abandonan la causa del cielo y de la caballería? Pero dejemos esto si hemos de hablar en paz. Que me dejen tan solo dar un golpe en favor de la santa causa que hemos venido á defender, y en bien de esta liga de cristianos, si todavía puede dársele este nombre, y si no me sale bien, volverémos á tratar de ese plan que me proponéis. Por ahora, ni le acepto, ni le rehusó. Vamos al consejo, que ya es la hora señalada. Decis que Ricardo es fiero y orgulloso: vais á verle humilde y sumiso como la oveja.

El rey llamó á los oficiales de su servidumbre, que le ayudaron á ponerse veste y manto, de igual y oscuro color, y sin otra señal de la dignidad real, que una ligera diadema de oro, se encaminó con el arzobispo de Tiro hácia el consejo, cuyos individuos aguardaban su presencia, para dar principio á la sesion.

El pabellon del consejo era una gran tienda, á cuya puerta tremolaban dos ban-

deras. Una era la de la cruz; en la otra se veia la imágen de una muger hincada de rodillas; suelto el cabello, cubierto de dolor el rostro, en símbolo de la abandonada y viuda iglesia de Jerusalem, con una inscripcion que decia: *afflictæ sponsæ ne obliviscaris*: no te olvides de la esposa afligida. Entorno de la tienda, y á muchos pasos de distancia de ella, habia varios piquetes de alabarderos escogidos, afin de que nadie se acercase durante los debates, que á veces daban lugar á acaloradas y ruidosas disputas.

Allí pues estaban los príncipes y caudillos de la cruzada, aguardando la llegada del rey de Inglaterra, y el tiempo que tardó en conversar, como lo hemos visto, con el arzobispo de Tiro, le fué en cierto modo desventajoso, porque sus enemigos y antagonistas le emplearon en censurar su orgullo, altanería y sed de mando, citando muchos lances que lo probaban, y aun alegando tambien su tardanza, como un testimonio de la superioridad, que sobre todos los

gefes de la cruzada queria ejercer. Fortificáronse unos á otros en sus malévolas intenciones, alegando las circunstancias mas pequeñas é insignificantes, y sin atreverse á confesar, que la superioridad que Ricardo se arrogaba, procedia en gran parte, del respeto involuntario que le tributaban hasta sus mismos malquerientes, como un homenaje que no le podia negar quien conocia sus altas y generosas prendas.

Todos estaban de acuerdo en recibirle á su entrada con fria indiferencia, y sin otra señal de cortesía que la que rigurosamente exigia el ceremonial. Pero cuando vieron aquel elevado y magestuoso continente; aquel semblante, que aunque pálido todavía de resultas de su última dolencia, reunia la gravedad y la dulzura, aquellos ojos que los trovadores y poetas llamaban brillantes estrellas de la batalla, y astros de la victoria; cuando su presencia guerrera y airosa les trajo á la memoria tantas memorables hazañas, tantos rasgos increíbles de fuerza y de valor, todos ellos, sin exceptuar al envidioso

rey de Francia, ni al rencoroso y agraviado archiduque de Austria, se alzaron espontáneamente de sus asientos, y rompieron en altas aclamaciones que decian: «Viva el re y Ricardo de Inglaterra; viva y prospere el grande y valiente Corazon de Leon.»

Ricardo contestó con afabilidad y dulzura, dando gracias por estos testimonios de aprecio, y expresando la satisfaccion que le causaba el verse otra vez en medio de sus nobles hermanos, los caballeros de la cruzada.

— Algunas breves razones quisiera dirigir á esta augusta asamblea, tales fueron las palabras de Ricardo, tocante un negocio, de poca importancia sin duda, pero cuyas resultas, sin embargo, pueden contribuir al bien de la cristiandad, y á la prosperidad de nuestra santa empresa.

Los príncipes se sentaron, segun el orden respectivo de sus dignidades, y mantuvieron un profundo silencio.

— En este dia, continuó Ricardo, celebra le Iglesia nuestra madre, una de sus

grandes festividades, y es propio de cristianos, sobre todo cuando se hallan empeñados en una guerra cuyos fines son tan elevados y justos, reconciliarse con sus hermanos, y confesarse mutuamente sus flaquezas. Nobles príncipes, y padres de esta santa expedición, Ricardo es un soldado; su mano está siempre mas apercebida que su lengua; y su lengua solo habla el idioma de la tosca y dura profesion de las armas. Mas no se menoscabe la gran causa de la redención de Palestina, por las acciones inconsideradas, y desacordadas razones de Plantagenet. No renuncien tan esforzados capitanes, y príncipes ilustres á la fama que pueden ganar en la tierra, y á las muy mas dignas recompensas celestiales que esta guerra les promete, solo por las imprudencias de un soldado, y por la insensatez de sus discursos, duros como el acero que desde su temprana niñez está manejando. Si Ricardo ha faltado á alguno de vosotros, Ricardo hará la debida reparacion de obra y de palabra. Noble

hermano de Francia ¿he tenido yo la desventura de ofenderte?

— La magestad de Francia no tiene que pedir reparacion alguna á la de Inglaterra, respondió Felipe, con apacible dignidad, aceptando al mismo tiempo la mano que Ricardo le ofrecia. Cualquiera que sea mi opinion sobre la prosecucion de esta empresa, estriba tan solo en razones particulares y en las circunstancias interiores de mis reinos, y no ciertamente en ningun sentimiento de envidia ni enemistad para con mi real y muy valeroso hermano.

— Austria, dijo Ricardo, encaminándose con aire de franqueza y magestad al archiduque Leopoldo, que se puso inmediatamente en pie, á manera de un automóta, cuyos movimientos dependen de un impulso exterior. Austria se cree ofendida por Inglaterra; Inglaterra cree que tiene razones para quejarse de Austria. Perdónense mutuamente sus injurias, á fin de que no se rompa la paz de la Iglesia, ni la concórdia de las huestes de la cruzada. Juntos nos hemos alistado, y